



CARLOS SOBRINO

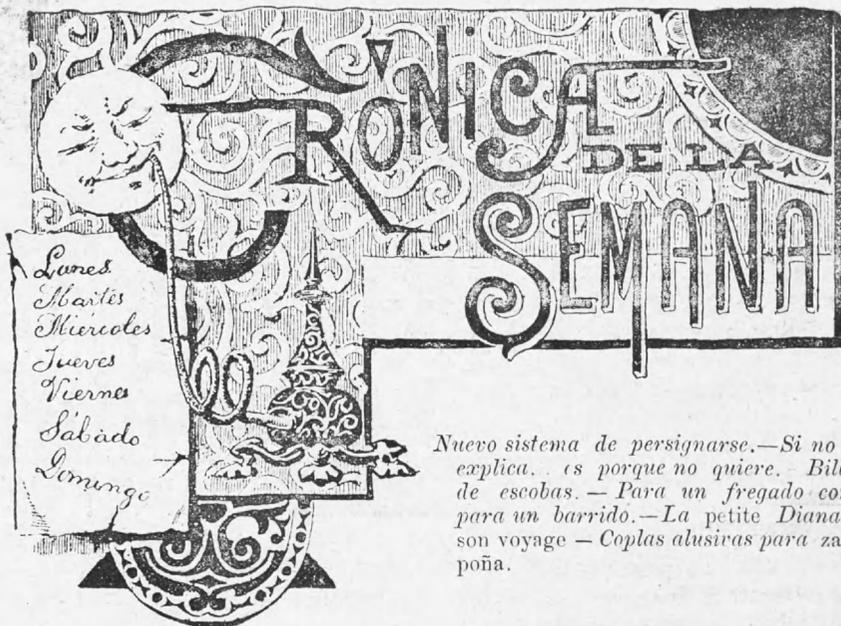


Desde la infancia artista, Carlos Sobrino, encontrándolo franco, fácil y llano, avanzó de la gloria por el camino pues la buena fortuna le dió la mano.

Él es un pianista de lo notable, é intérprete del arte, de los más fieles, que ha alcanzado muy pronto puesto envidiable y ha conquistado muchos, muchos laureles.

¶ Cuando aun era muy niño salió de España en busca del aplauso del extranjero, y hoy resuena su nombre por tierra extraña que á su paso le brinda fama y dinero.

NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS



Nuevo sistema de persignarse.—Si no se explica... es porque no quiere. — Billar de escobas. — Para un fregado como para un barrido. — La petite Diana et son voyage — Coplas alusivas para zampoña.

La primera en la frente; la segunda en la boca; la tercera en los Pechos. Así se persigna todo fiel cristiano, y el P. Astete explica estas tres cruces diciendo, por si ustedes no lo recuerdan, en lo que harán muy mal: la primera para que nos libre Dios de los malos pensamientos; la segunda para que nos libre Dios de las malas palabras; la tercera para que nos libre Dios de las malas obras y deseos.

Pues bien: ahora vengo yo, y enmiendo la plana al P. Astete.

¡Avé María Purísima!—dirá algún devoto de los muchos que tiene la Revista, se entiende devoto de los santos á más de la Revista que es todo lo santa que en su clase puede pedirse.

Y mi enmienda al Astete, que valdrá tanto como cualquiera de las setenta y tantas enmiendas que presentó Bosch al proyecto de Administración local, es perfectamente ortodoxa y todo lo sencilla que van ustedes á ver.

La primera en la frente para demostrarnos que hemos dado en el

intrínquilis de alguna cosa; la segunda en la boca para disimular el bostezo y evitar que se cuele por ella el enemigo; la tercera en los pechos, á falta de canto, que resulta demasiado duro, cuando hayamos conseguido lo que conceptuábamos imposible. Es cosa fácil, ¿no es cierto?

La primera cruz me la hice en la frente esta mañana, antes de comenzar la crónica, por haber dado en el *quid* de todas estas huelgas, motines, etc., que nos tienen con Gamazo al cuello (¡ya querría yo que me tuviesen con el agua al cuello ahora que vivimos en una atmósfera de 30 y tantos grados á la sombra!) Más tarde, leyendo los periódicos, dieron mis ojos con el relato de las sesiones de Córtes, la terminación del discurso de Bosch, que tardó en él tanto como Dios en crear el Universo, y aún aquél le aventaja en que no piensa descansar el séptimo día, porque enmiendas tiene el señor Bosch hasta el día del juicio por la tarde; además tropezó mi ya casi soñolienta mirada, con las revistas

de espectáculos que en vez de despertar el dormido gusto del público de Madrid, añaden sueño al sueño para lo cual empiezan las actrices por ponerse en paños menores; luego la sesión del Ayuntamiento, la cuestión de los Jardines, la baja de consumos. ¡qué sé yo! Un suave *run-run* de niñera ó ama seca sonaba en mis oídos al leer los discursos concejiles, y... bostecé. Entonces hice la segunda cruz sobre mis labios.

Después de un sueñecito, en amor y compañía de las moscas que me tomaron tan por su cuenta como el Ayuntamiento al pueblo de Madrid, volví á tomar los periódicos y leí: «Seguramente á fines de este mes »estarán votados los presupuestos... »No sufrirá cambio alguno la cifra »total de gastos presupuesta por el »señor Gamazo... Las corrientes de »armonía entre el Gobierno y las »minorías parlamentarias, se han »establecido de manera definitiva, »y éstas no pondrán ya obstáculo »alguno á la aprobación del plan »económico del Gobierno.» Al leer esto,

la sorpresa abrió mis ojos
y despertóse el sentido
y fui y cogí y me hice la tercera cruz en los pechos, diciendo: «Obras son amores y no buenas razones; Dios quiera sea cierto lo que dices ¡oh periódico! y que tus profecías se cumplan, que de ser mal profeta, vale más que te trague una ballena como á Jonás y te vomite allá en tierra de mamelucos que deben ser más crédulos que nosotros. Porque no es cosa de que me vaya á mal de pecho á fuerza de golpes si he de darme uno por cada profecía de ese jaez.»

Y entonada esta jaculatoria, perseguido de esta manera novísima, comencé á escribir la crónica, solici-

tado por tantísimos acontecimientos y tantísimos juicios que de ellos me he formado, que no sé como arreglarmelas para salir del lío si la gracia de Dios me falta, que no me faltará.

Porque soy buen cristiano, aunque no parezca muy ortodoxo eso de enendar la plana al Astete. Dios me perdone, pero el caso es que, puesto á criticar, llego á veces á donde llegó un maestro mío, que fué á pillar en *lapsus* nada menos que á la Ley de Dios en su noveno mandamiento.

Decía él: —Si el noveno prohíbe desear la mujer de tú prójimo ¿cómo no prohíbe á la mujer desear el hombre de su *prójima*?

Y échenle canonistas á las barbas.

* * *

Ha dejado el ministerio el Sr. Montero Rios por esas *altas razones* que les llaman los políticos á las que son solo *infundios navi-zorri-gamacísticos*, sin que nadie se percate de lo cierto que es el dicho: «una cosa es predicar y otra cosa es el dar trigo». Después de salir Montero todo se queda en su sitio; no habrá jueces *trashuantes* ni *alquiladore jurídicos*, ni habrá quien los vilipendie con chistes por el estilo, (estilo cursi, se entiende, tanto como quien los hizo.) Y después de tantas vueltas y después de tantas líos, con las huelgas de abogados y Asamblea de los mismos, protestas de aquí y de allá, suspensiones de juicios, traslados de las Audiencias, amenazas y castigos; de armar la marimorena y hacer la de Dios es Cristo,

y andar con la diosa Themis buscando pan de trastrigo cual si fuera Themis...tócles (como dijo un beduino); de este *totum revolutum* ¿hemos sacado algo en limpio? Señor don Práxedes, vamos, ¿quién tiene la culpa, digo? Es *gracia* que le rogamos y en *justicia* le pedimos que nos diga por qué causa el señor Montero Rios, el hombre más competente en los negocios jurídicos, fué sacrificado en aras del Buey Apis *gamacístico*, alias *becerro de oro* de esta edad de *paganismo*.

—
Nota bene: que en *paganos* ya nos hemos convertido desde que Gamazo Calvo gobierna el pueblo judío, está claro; más el *oro* á quien arriba he aludido, no es todo lo que reluce, ni siquiera *dublé* fino.

Juego de billar: palos y billa.

Billa, en la ortografía concejil, puede ser la de Madrid. *Palos*, los de las escobas y los que se repartieron de firme en el motin de barrenderos.

Aunque la cosa no fué de juego, como se creen los concejales de Madrid, dió juego á las murmuraciones y hubo de todo en ella. La salida fué de Angulo—con acento en a—obtusos, y ganó los primeros tantos, derribando algunos palos de entrada. Pero los contrarios se fueron á *cabaña*, esto es, *guardaron casa*, y metieron el *mingo*, vulgo manzana de la discordia, entre ellos, y allí fué Troya en *palos* y *carambolas*, haciendo saltar la bola hasta medio descalabrar á Aguilera que había cogido el *taco* para defender al Ayuntamiento. *Salieron* luego

los barrenderos, y el juego fué tan *veñido* que hubo *bolás*, digo, balas por el aire y algunas testas hendidas; hasta que la noche hubo de suspender el partido, y vino á quedar en *tablas*.

¿Seguirá el *partido*? Quiero decir ¿seguirá *partido* el pueblo de Madrid con la partida entablada entre los barrenderos y el Ayuntamiento?

Apuesto por los barrenderos.

* * *
Lo famoso, lo inaudito fué que los amotinados gritaban: —«¡Qué barra el Alcalde! —¡Qué barran los concejales!» ¿Más todavía, ilustres barrenderos de puertas afuera? Porque de barrer para dentro ¿no estamos hartos de que lo hagan tan bien los concejales?

* * *
Dicen los periódicos que la «Bella Chiquita» salió para Santander. En cambio, los Padres de familia, más resignados ó menos pudientes, se quedan á compartir con nosotros estos calores que tanto *pasto* dan, no á ellos, sino á la inmoralidad.

Si fuera verdad que el orden de factores no altera el producto, visto el que hemos de sacar de esta campaña *memalizadora*, propondría una cosa:

Que los Padres de familia se largasen á Santander y se quedase entre nosotros la Bella Chiquita.

* * *
Se fué la «Bella Chiquita»
¡Virgen de la Soledad!
Se quedan aquí los Padres
¡San Primo los guarde en paz!

—
En París los estudiantes
armaron el gran jollin;
¡son *sobre...salientes*, digo!
¡*sobre... saltados* allí!

—
Se pegó una *Macarrona*
con un *amacarronado*;

¡oh que tiempos *macarrónicos*
son los que estamos pasando!

—
En Coruña á un periodista
lo pusieron á la sombra;
con este calor que hace
le salió á pedir de boca.

—
María la verdulera
es mujer de rompe y rasga:
rasgó á un guardia el uniforme
y á otro rompió las quijadas.

—
Robó un ratero á un sujeto
treinta pesetas en plata,

pero fué á otro y no pudo...
¡no tenía ni una blanca!

—
—Pues yo apuesto por *Irún*
—Yo por *Chiquito de Abando*.
—Pues alguno ha de ganar
siempre...

—¿Y quién?
—El empresario

—
Ahí está todo lo ocurrido
en la última semana;
y digo con el Alcalde:
¡aquí no ha pasado nada!

JOSÉ G ACUÑA.



EL TESORO

MALOS vientos corrieron entonces en las costas del mediodía de España.

A cada momento se recibían noticias de nuevas catástrofes

¡Se habían perdido muchos barcos!

¡Se habían ahogado muchos hombres!

Los pescadores en sus cabañas rabiosos y hambrientos blasfemaban unos y sollozaban otros teniendo dentro de sus viviendas, la desolación, la miseria y la ruina, y allá fuera un mar imponente que gemía ronco y amenazador.

¡Malos vientos aquéllos!

¡Ira de Dios y qué desastres!

No hubo un barco ni grande ni chico que se diera á la mar, que no pagara cara la travesía perdiéndose en el fondo del Mediterráneo azul y manso casi siempre y encrespado y pérfido en aquellos días fatales de aquel maldito invierno.

Los habitantes de una hermosísima ciudad andaluza vieron perderse tres embarcaciones en dos días y los vieron desde la misma playa y no pudieron socorrerlos. Uno traía cargamento de hierro no sé para que parte; otro, cargamento de sal para Bilbao y el otro, cargamento de carbón para Barcelona.

Fueron inútiles todos los esfuerzos de los bravos marineros y de toda la gente de mar para favorecer á aquellos infelices. Los tres barcos se perdieron á la vista de la playa sin poder lograr ni el amparo de Dios ni el esfuerzo de los hombres.

¡Malos vientos aquéllos!

El temporal no cesaba y las cosas iban cada día peor.

La lluvia caía á torrentes, el cielo tronaba como si hubiera llegado el fin del mundo y las olas, imponentes y amenazadoras llegaban hasta las casas próximas á la playa.

¡Año de hambres! ¡Año triste!

Al mediar el día, un día tormentoso y desconsolado, la gente que estaba en la playa comenzó á dar grandes voces, demandando auxilio.

A los pocos momentos la playa estaba invadida de una multitud que rugía frenética:

—¡Otro!—clamaban unos.

—¡Otro barco perdido!—gritaban los más.

El pánico fué horrible, el griterío no cesaba y la confusión iba en aumento.

—¡Soltar las amarras á los botes y vamos allá!—gritaban los más valerosos.

—Y para qué? ¡Para que nos trague también á nosotros la mar!

—¡Virgen del Cármen! ampáralos—decían llorando las mujeres.

—¡Mal rayo caiga!—blasfemaban algunos.

La embarcación estaba á la vista de la playa, el temporal arreciaba y las bordas crujían con un extraño ruido, sordo y fúnebre.

Decididamente, el barco se iba á pique.

La tripulación sostenía una lucha desesperada, ¡heróica! y el mar de cuando en cuando abría sus olas verdinegras como para enseñarles á aquellos desgraciados lo que iba á ser pronto su movediza sepultura. ¡Qué minutos de angústias! ¡Qué terribles momentos de desesperación!

Uno gritó desde la playa:

—Es un barco norte-americano que ha estado aquí ya muchas veces.

—Animo y á salvarlos! ¡Pronto! ¡echarles un cable!

La lucha fué entónces ¡sorda! ¡imponente! ¡desesperada!

¡Ni una palabra! ¡ni un grito! ¡nada!

Solo se oía la respiración fatigosa y precipitada de los que estaban en la playa, respiración agitada por la ansiedad y precipitada por la duda.

¿Dentro del barco? ¡qué de zozobras y qué de desconsuelos!

La esperanza brilló en los ojos de los náufragos con divinos resplandores de agradecimiento.

¡Un momento! ¡Un solo momento y todos estaban salvados!

Dios fué misericordioso, los hombres fueron ágiles y agarrados á los cables, fueron llegando los de la tripulación uno á uno á la playa. La gente gritó al ver uno de los que llegaba á puerto de salvación:

—¡Una mujer!

La mujer del capitán, cuando hubo tocado tierra, volvió los ojos con ansia hácia el barco que zozobraba haciendo inteligibles gestos de angústia.

—¡El capitán! ¡Falta el capitán!

Volvieron á lanzar nuevos cables y después de una lucha fatigosa y desesperada el capitán llegó á tierra. ¡Bendito sea Dios que todos se habían salvado! ¡Un grito de alegría salió de todos los corazones!

El capitán abrazó á su esposa y juntos lloraron de alegría breves instantes.

Allá en los lejanos confines del Oriente la tormenta rujía con ruidos secos y con espantosos estampidos.

El barco se iba á pique.

No se sabe lo que dijo la mujer del capitán cuando éste con febril ligereza se despojó de las vestiduras mostrando su torso de jayán napolitano y se lanzó al mar, que entonces rugía lo mismo que en un raudal de plomo hirviendo.

—¡Otra vez á la mar!—gritaron.

—¡Se ha dejado un tesoro en el barco!—decía la gente.

—¡Un tesoro!

—¿Y qué? Más vale la *pelleja* que un montón de oro!

—¡Ambicioso!—decían unos.

—¡Que Dios te ampare!—decían otros.

En tanto el capitán avanzaba mar adentro haciendo desesperados esfuerzos por llegar al barco que comenzaba á hundirse.

La capitana seguía con la vista nublada por las lágrimas aquella terrible escena.

¡Un tesoro! ¡Maldito el hombre que después de pedir socorro y de que estas voces sean apagadas por el estruendo salvaje de las olas ¡la misericordia de Dios le ampara y la compasión de los hombres le remedia!

¡Maldito el hombre que desprecia ambas cosas y se lanza de nuevo á los riesgos de la muerte por poseer un puñado de oro.

El capitán pudo ascender hasta los bordas del barco por las que ya comenzaba á penetrar el agua.

Llegó á cubierta y rápidamente desapareció hácia el interior. La angustia y la curiosidad se mezclaron en un solo afecto.

—¿Podrá salvar el tesoro?

Durante los minutos en que el capitán permaneció en el interior del barco, la gente apenas se atrevió á pronunciar una palabra.

De pronto el capitán apareció sobre cubierta, llevando en sus manos un objeto cuadrado.

—¡Allí debían estar los brillantes y las libras esterlinas, allí los billetes del Banco de New-York!

El capitán abrió una portezuela, sacó un objeto y después de acariciarlo lo lanzó al aire.

El canario tendió su vuelo sobre la mar encrespada perdiéndose en el horizonte gris lo mismo que una flor de oro.

La capitana lo siguió con la vista.

El valiente marino se arrojó de nuevo al mar y después de una lucha de gigante pudo llegar á tierra.

Abrazó á su esposa jadeante y exámine y volviéndose á la muchedumbre que atónita lo contemplaba, dijo con una graciosa mescolanza de inglés y español:

—«¡Gracias á Dios que nos hemos salvado todos!»

MANUEL PASO.



EL PINO

(CUENTO INFANTIL)

EN el bosque y rodeado de otros árboles corpulentos había un pequeño pino cuya única aspiración era crecer, crecer mucho, dominar á los demás, ver lejanos horizontes.



Y pensando en esto no se cuidaba del sol, ni del aire, ni de los niños que jugaban alegremente á su alrededor ó que se entretenían en coger fresas y frambuesas.

Alguno de los rapaces solía decir á sus compañeros:

—¿Verdad que es muy lindo este arbolito? Y todos lo contemplaban durante breves momentos; y el pino se sentía orgulloso de su hermosura.

Al año siguiente era más alto, pero continuaba suspirando como el año anterior:

—¡Ah!--exclamaba con profunda tristeza—
¿cuánto tiempo pasará antes de que yo pueda ver el mundo como lo ven estos gigantes que tengo á mi lado? Cuando vendrán los pájaros á fabricar sus nidos entre mis ramas? ¿Cuándo podré inclinarme como se inclinan mis compañe-

ros al recibir las fuertes caricias del viento que silba entre sus hojas?

En el invierno, cuando la nieve cubría el suelo con una capa de mucho espesor, las liebres saltaban por encima del ambicioso pino; pero al cabo de algún tiempo y después de una copiosa nevada, observó él con inmensa satisfacción que las liebres se veían precisadas á dar la vuelta. ¡Qué hueco se puso al observarlo!

En otoño iban por allí unos hombres que armados con hachas, las descargaban furiosos sobre algunos árboles hasta que los tumbaban en tierra. El joven pino contemplaba ese espectáculo y decía con mezcla de envidia y curiosidad al ver que los leñadores se alejaban llevándose ramas y troncos:

—¿A dónde van? ¿Qué es lo que van á hacer con ellos?

En primavera pasaban por allí las golondrinas y las cigüeñas y el pino les preguntaba:

—¿Habéis visto á mis hermanos mayores? ¿Sabéis dónde están y lo qué hacen?

Y alguna de las preguntadas solía responder:

—Creo haberlos reconocido convertidos en mástiles de un buque que iba por el mar cuando nosotros veníamos hácia aquí. Al pasar rozando con ellos percibí un fuerte olor á resina y dije: estos son pinos del bosque.

El pequeño pino añadía suspirando como de costumbre:

—¡Ah! ¿Por qué no seré bastante grande para ver el mar como mis hermanos? ¿Cómo es el mar?

—Eso es muy largo de contar, arbolito,—contestaba una cigüeña—
y nosotras no nos podemos detener porque tenemos mucha prisa.

Entonces un rayo de sol terciaba en la conversación para decir:

—No ambiciones más dicha que la de ser jóven como ahora.

Y el viento murmuraba acariciándole suavemente:

—La felicidad de que disfrutas es la verdadera felicidad.

Pero el jóven pino no comprendía estos consejos ni hacía de ellos caso.

En el mes de Diciembre, al aproximarse las fiestas de Navidad, una porción de pinos eran arrancados del bosque y el ambicioso preguntaba:

—¿A dónde vais, queridos hermanos?

Los gorriones se encargaban de contestar, diciendo:

—Nosotros vemos á esos árboles dichosos á través de los cristales y de las rendijas de las ventanas, los colocan derechos, al abrigo del frio; y los adornan con cintas, con juguetes, con dulces, con infinidad de cosas bonitas.

—Y luego, ¿qué es lo que hacen con ellos?

Los gorriones se encogían de alas, exclamando:

—Eso no lo sabemos; lo que podemos asegurarte es que mientras los tienen allí están lindísimos.

El pino jóven se quedaba muy triste y decía:

—«¡Qué venturoso sería yo si me adornaran así! Prefiero esto á que me lleven por el mar... ¡Ah! ¡cuánto tardan en arrancarme de este sitio donde me aburro y me desespero!»

—No ambiciones más dicha que la de ser jóven como ahora—exclamaban á duo el rayo del sol y el vienteçillo.

Pero él no les hacía caso y continuaba quejándose de su mala suerte.

Por fin llegó el ambicionado día. El pino quejumbón se estremeció de gozo al ver que junto á él se paraban varios hombres y al oír que decía uno de ellos:

—He aquí el árbol que hace falta

Cuando el hacha penetró en su carne sintió amenguada su alegría por inexplicable tristeza. Le iban á separar de sus compañeros...

¿Volvería á verlos?

¿Le colocarían en sitio donde pudiera deleitarse con el cántico de los pájaros y con el aroma de las flores silvestres?

Una hora después, entró en una casa de magnífica apariencia. Al encuentro de los que le habían conducido hasta allí salió un caballero que exclamó al verle:

—Me gusta; es un bonito árbol

Luego, dos criados con librea se apoderaron de él y lleváronle á un lujoso salón casi lleno de muebles y objetos raros y le plantaron en una caja repleta de arena finísima. Al poco tiempo unas muchachas jóvenes y



muy guapas comenzaron á engalanarle y se vió casi cubierto por los juguetes y las golosinas de que le hablaban los gorriones. En lo más alto de su copa pusieron una estrella de oro... ¡Ah, que hermoso estaba! La tristeza desapareció y se consideró feliz mientras decía:

¡Lástima que no estén aquí, para admirarme, todos los pájaros del bosque!... ¿Me tendrán así siempre? ¿Vendrán muchos pájaros á cantar entre mis ramas?

Llegó la noche, los criados encendieron las bujías del salón y los farolillos de colores que colgaban de las ramas del pino y éste quedó deslumbrado... ¡Qué esplendor! ¡Cuánta riqueza!... Las puertas del salón se abrieron y un enjambre de niños que alborotaban y veían con loco entusiasmo, entró allí. Detrás venían personas mayores de diferentes edades. Los pequeños le rodearon y sus exclamaciones de admiración y de placer, debieron oírse lejos, muy lejos... Al cabo de algunos instantes de contemplación, lanzáronse sobre él y le despojaron de todos sus adornos.

¡Qué rabia!...

El jóven pino iba á protestar contra aquel atropello pero se contuvo al ver que todos los niños se agrupaban en derredor de un caballero anciano, el cual empezó á contarles el cuento del pastor que tuvo la dicha de enamorar á una princesa, y que se casó después de vencer grandísimos obstáculos. El pino se hizo esta reflexión: ¡Quién sabe si me está á mi reservada una felicidad semejante! Mañana me adornarán de nuevo y se repetirá la fiesta de esta noche... Y todos los días sucederá lo mismo...



Vana ilusión. A la siguiente mañana dos criadas condujeron al pino al rincón más sombrío del desván y allí le dejaron.

¡Qué obscuridad tan grande! ¡Qué olor tan insufrible!—dijo el infeliz acordándose de los gratos aromas del bosque y de la luz del sol. ¿Me tendrán aquí mucho tiempo? Tal vez aguardan á que llegue la primavera para plantarme en un jardín hermoso, lleno de flores.

—Pid, pid, pid. ¡Qué frío hace ahí afuera, compañeros. Aquí se está divinamente ¿no es verdad, señor pino? El que así hablaba era un ratón que se acercó al árbol segundo de otros muchos y que continuó así:

—¿De dónde vienes? ¡Conoces los mejores sitios del mundo! ¿Has estado alguna vez en despensas bien surtidas de queso y de jamón?

—No sé lo que es queso ni lo que es jamón, no he estado en despensa alguna. Solamente puedo deciros lo que es el bosque, el sol brillante y el aire puro.

Y les contó á los ratones que le escuchan extasiados, su juventud, sus esperanzas, los principales sucesos de su existencia, sin olvidar ni un solo detalle de la fiesta que la noche anterior habían celebrado en honor suyo.

—¡Qué dichoso has sido!—exclamaron los ratones. Y uno de ellos añadió:

¡Qué diferencia tan grande entre lo que fuiste ayer y lo que eres hoy, viejo pino!

—Yo no soy viejo; estoy en lo más florido de mi edad. ¿Ignoráis sin duda que nosotros los árboles crecemos muy de prisa?

—Habla muy bien;—exclamó un ratoncillo—cuéntanos algo más porque te oimos con mucho gusto.

Entonces el pino refirió tal como lo había oído de labios del caballero anciano el cuento del pastor quz tuvo la dicha de que se enamorara de él una princesa, con la cual contrajo matrimonio.

Y durante aquel día y el siguiente tuvo que repetir varias veces el cuento para que lo oyeran todos los ratones y las ratas que había en el desván en que se hallaba y en los de los edificios inmediatos. Pero ai cabo de cuarenta y ocho horas uno de los oyentes eyelamó:

—¿Es que no sabe usted más historia que esa?

—Nada más; la aprendí la noche más dichosa de mi vida.

—¡Pues vaya un árbol ignorante! Vámonos de aquí, compañeros, y que se la cuente á las paredes y á los muebles carcomidos.

Y el pino infeliz se quedó desde aquel día en la más espantosa soledad. ¡Qué reflexiones tan tristes hizo, qué angústias sufrió acordándose sin cesar del bosque, del sol, del aire, de las flores y de los pájaros! ¡Cuántas veces se arrepintió de haber sido tan ambicioso!

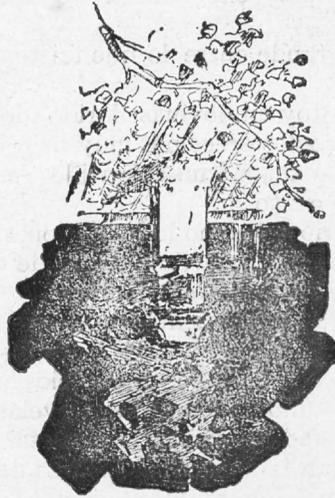
Pasaron muchos días. Una mañana interrmpió sus amargas lamentaciones al oír ruido de gente que subía por la escalera. Sintió que le cogían y le zarandeaban bruscamente, bajándole después al piso bajo de la casa. ¡Con qué alegría respiró el aire y contempló la luz del sol! Luego se miró á sí mismo... La verdad es que estaba poco presentable; sus ramas hallábanse secas y llenas de polvo; la corteza de su tronco resquebrajada y súa. De su antiguo esplendor sólo conservaba la bonita estrella de oro que colocaron en su copa aquella noche inolvidable para él.

Varios niños que en el jardín jugaban se se apoderaron del lindo trofeo de su pasada gloria.

Después... el desdichado árbol se sintió morir á los golpes del hacha manejada por el jardinero; y en su agonía tuvo un recuerdo para todos los seres, para todas las cosas que habían constituido los goces de su existencia. Pensó en el aire puro, en el sol deslumbrador, en los pájaros, en la hermosa noche de Navidad, en los pequeños ratones...

Queó convertido en astillas que fueron quemadas aquella noche en la chimenea, y cuyas pavesas, saliendo por el tubo, se esparcieron en todas direcciones.





Una de esas pavesas, la última, la que contituía el primer pensamiento del desdichado pino, cayó sobre la estrella de oro abandonada por los niños en el paseo del jardín.

ANDERSEN.



Cartita familiar

Mi muy amigo Torcu:
aunque te quiero y respe
y tus súplicas aca,
soy un escritor bara
que no te da ni un sone

TO

Y aqui, para mi chale,
sé que al no escribirte pe,
pero se me cierra el pi,
nada se me ocurre, chi
porque me he quedado se

CO

Pero el trabajo me atra
y airado mi labio pe
y estoy como una carra
lee y borra, mete y sa
sin que acabe mi jaque.

Y voto á la tia Pa
que mi cerebro se se
y la fatiga me ata
y machaca que macha
me convierto en un babie
Por ver si tu afan se apla
y buscando una hora hue,
mando al *Extracto* esta mue,
para que de mi matra
hagas luego una hipote

CA

Pues derrocho los cauda
del fuego de mis candi
en unos versos bestia.
¡Viéndolos tan idea
llorán los guardia-civi!

LES

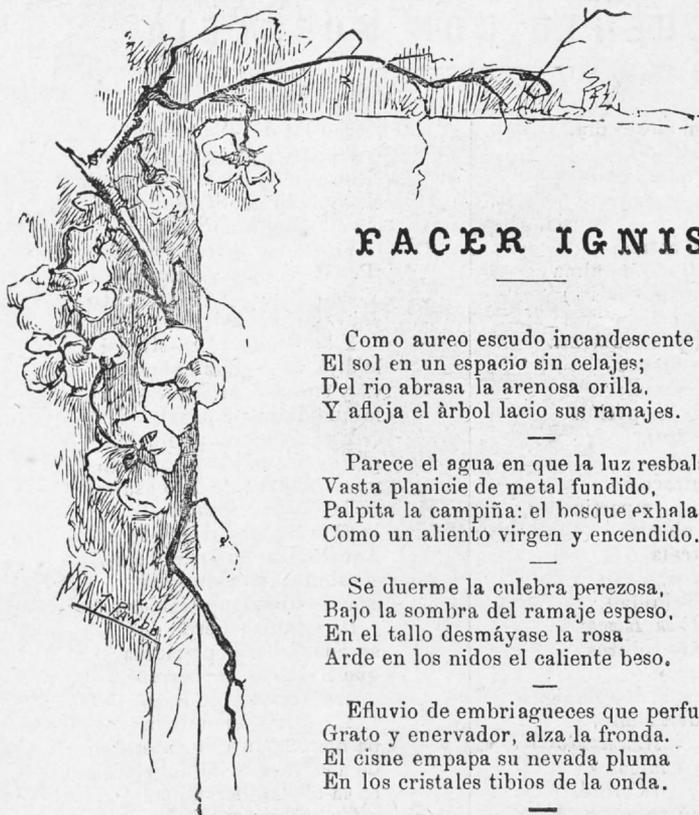
Cuando termine el contra
de una obra mía, prome
remitir algo al *Extra...*
¡Ten piedad de mi, Torcu!
que me tienes muy inquiet!

TO

Mas, aunque es tu mente lis,
buen descrédito te cues
el que escriba en tu *Revis.*
¡Al pasar por mi la vis
se duerme el lector la sies!

TA

NICOLÁS TABOADA.



FACER IGNIS

Como aureo escudo incandescente brilla
El sol en un espacio sin celajes;
Del río abrasa la arenosa orilla,
Y afloja el árbol lacio sus ramajes.

Parece el agua en que la luz resbala
Vasta planicie de metal fundido,
Palpita la campiña: el bosque exhala,
Como un aliento virgen y encendido.

Se duerme la culebra perezosa,
Bajo la sombra del ramaje espeso.
En el tallo desmáyase la rosa
Arde en los nidos el caliente beso.

Efluvio de embriagueces que perfuma
Grato y enervador, alza la fronda.
El cisne empapa su nevada pluma
En los cristales tibios de la onda.

Bulle la savia en la torcida rama,
Rompe el brote su cárcel vigoroso,
Y en la arteria la sangre se derrama
Como río de lava caudaloso.

Nupcial instante, en que sagrado culto,
Tiene natura en la pasión eterna,
Desde el insecto en el nectario oculto,
Hasta el monstruoso ser, en la caverna.

¡Oh plenitud del día! oh sacra hora
En que la vida creadora alienta,
Y el ave como el hombre se enamora
Y el pólen vuela, y el botón revienta.

¡Oh! quien fuera el Josué de la leyenda
Para robar al tiempo su medida!
En lo obscuro del bosque alzar mi tienda,
Y en un seno de amor beber la vida.

MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.

(Mexicano.)



UN CUENTO CON MORALEJA

Pues, señor, en cierto día, cuya fecha di al olvido, en que San Pedro, aburrido se hallaba en su portería, (pues, según cuenta la historia, era un día de tal calma, que no había entrado un alma por las puertas de la Gloria,) ya que no había justicia que ejercer, con pena inmensa se puso a leer la prensa que llegara de Galicia.

Y en tan grata ocupación iban dos horas ó tres, sin que nada de interés hallase en su distracción.

Pues, con forma impertinente, que al Pontífice aburría, la prensa, sólo traía sueltos del tenor siguiente:

«Ayer, doña Trinidad, condesa de los *Tres Rizos*; dió á luz dos niños rollizos con toda felicidad.»

«El doctor don Pedro Buhigas dando pruebas de talento, ha inventado un *instrumento* para matar las hormigas.»

«A nuestro amigo Cerote, según dato fidedigno, le nació un grano maligno hácia un lado del cogote.»

«Un cura que estaba cojo, ha curado, al fin, del bazo, con solo usar un pedazo, de *emplasto de fieltro rojo*»

Y así con igual encanto, seguía luego otro *diario*, con estilo estafalario capaz de aburrir á un santo.

De pronto vió una noticia tan extraña y singular, que hizo á San Pedro saltar en su silla pontificia.

—; «Voto al diablo! — exclamó luego Estoy soñando? .. ¡Canario! pues no dice este diario que hacer quiere á Dios ... gallego?»

Debe ser algun converso lleno de fe y caridad...

Y para más e aridad hasta se lo escribe... ¡en verso!

Esto atónito me deja!
¡Qué cosas tan peregrinas!...
A ver quien firma: ¡Salinas!

¿Serán las de *Torrevieja*?

Pero, no; ¡si es en Galicia!
Esto es muy grave, en extremo!...
Y, ¿qué dirá el Sér Supremo cuando lea la noticia?

«Voy á dar parte al momento...
¡Parece cosa de encanto!»
Y esto dicho, el Padre Santo dejó su curul asiento.

Y llamando á San Miguel le dijo así: — Haz el favor; vé y enséñale al Señor lo que dice este papel.

Y el arcángel, puntual partió y á la hora en punto, no se hablaba de otro asunto en la *Córté celestial*.

¡Qué barullo! ¡Dios eterno!
Aquello era, en apariencias, el salón de conferencias cuando cae algún Gobierno!

De pronto salieron dos arcángeles muy preciosos que llevaban, presurosos, órden secreta, de Dios.

Y era la misión divina de que al punto se enteraran de aquello que así se hablaban en la ciudad herculina.

Trascurrió media hora escasa, cuando, volando, volando, fueron al fin regresando los arcángeles á casa

— Señor; — dijo San Gabriel, cuando se hubo arrodillado; — por fuerza está equivocado lo que dice ese papel.

Pues las noticias que á vos traemos, así concuerdan: ¡de lo que menos se acuerdan en la Coruña, es de Dios!

Y si dicha capital anda toda alborotada, es que no quieren más nada .. ¡que un *Capitán General!*!

Hay muchos que á tal extremo llevan su idea ambiciosa, que en la más liviana cosa nos meten al Sér Supremo.

Y si en tan rara manía, no van de esa idea en pos, ¿qué tiene, pues, que ver Dios con una *Capitanía?*..

JAVIER VALCARCE OCAMPO



F. R. G.—Recibí el trabajo que me dedica, y agradezco la intención... pero nada más.

En el romance se le han escapado á V. unos consonantes que no se los merece.

Pigmeo.—Lo que es eso de «arbol» y «alto» puede V. vivir seguro

de que se hallan muy distantes de ser nunca consonantes.

R. F. L.—Procuraremos servirle la colección, pero conste que no está completa. Falta el primer número que se ha agotado. Y algunos otros correrán pronto el mismo peligro.

Mateito.—Está V. en esos dos sonetos como estuvo el propio *Mateito* aquí en el primero y tercero de la tarde.

A. R. R.—Tenía su artículo, que me gustaba, en cartera. Pero lo he visto publicado en otro periódico antes que le llegase el turno, y comprenderá V. que ya no podemos utilizarlo.

F. G. A.—Recibido el trabajo. No puede contestarse á su pregunta, porque se ha suspendido la sección desde que Labarta, que la tenía á su cargo, se ha puesto malucho.

—o—

La Correspondencia literaria y administrativa, al Director de

esta revista, Torcuato Ulloa, Santa María, 6.—Pontevedra.

—o—

Libros recibidos:

—*Geografía astronómica, física y política de la provincia de Pontevedra*, por el Lic. D. Augusto E. Lorenzana.

Hállase de venta este interesante libro en casa del autor, Plaza de García Escudero, 2, Pontevedra, al precio de 1 peseta.

—*La clase 12 del arancel y ganadería destinada al consumo*, por D. Manuel Marquez y Perez.—Tipografía del *Faro de Vigo*.—Precio de esta importante obra, 4 pesetas.

—*Programa de las fiestas del Apóstol Santiago.*

SUMARIO

Textos.—*Cárols Sobrino.*—*Crónica de la semana*, por José G. Acuña.—*El Tesoro*, por Manuel Paso.—*El pino*, por Andersen.—*Cartita familiar*, por Nicolás Taboada.—*Facer ignis*, por Manuel Larrañaga Portugal.—*Un cuento con moraleja*, por Javier Valcarce Ocampo.—*Gránulos.*—Anuncios.

Grabados.—*Retrato de D. Cárols Sobrino*; fotografado de Joarizti y Marizcurrena.—Ilustraciones de Julio Gros.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE A. LANDIN

EXTRACTO DE LITERATURA

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO

— ESCRITO POR VARIOS GALLEGOS DE BUEN HUMOR —

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre,
2 pesetas.
» » sen estre,
3'50 idem.
» » año, 7 id
Ultramar y extranjero, semes-
tre, 7 idem.
» » año, 10 id

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
Idem atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores
12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencio-
nales.

COMPañA DE NAVEGACION DE VAPOR AL PACIFICO

VIJES RAPIDOS

MAGNIFICOS Y GRANDES PAQUETES CORREOS

*Expedición mensual para Lisboa, Rio-Janeiro, Montevideo,
Buenos-Aires y el Pacífico.*

Saldrá de Villagarcía el 24 de Julio el magnifico vapor

Orellana

Estos vapores conducen oficialmente la correspondencia. Admiten pasajeros de primera, segunda y tercera clase. Estos últimos tienen excelente servicio de mesa y litera con colchón y cobertor de lana; la comida es superior y variada siempre con vino. Asistencia médica quirúrgica gratuita.

De las condiciones y precios, informará en Vigo *D. Manuel Bárcena y Franco*. En Villagarcía, Carril y Caldas, *D. Luurecano Salgado, D Alfonso Rueda y D. Manuel Carús*.

Compañía de las Mensajerías Marítimas

PAQUETES FRANCESES

El 16 de Julio saldrá para Rio-Janeiro, Montevideo y Buenos-Aires el vapor

Ortegal

El 50 de Julio de 1893, saldrá de *Marin*, con destino á Pernambuco, Rio Janeiro y Santos el vapor

Matapán

Admite pasajeros de 3.ª clase y carga.

Para las demás condiciones y detalles dirigirse á las Agencias de la Compañía, En Vigo *D. Francisco Tapias*, Arrenal 128; en Coruña *Sres. Arce y Comp.ª*, Real 37, y en Pontevedra y *Marin D. José Riestra López*.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS
POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, Feria 38—Pontevedra.